

AGUJA DE MAREAR

HA MUERTO UNA MUJER



Uno de los peligros mayores de la peregrina igualdad entre mujeres y hombres es la imitación que las primeras hacen de lo peor que distingue a los segundos: la importancia que ellos y ellas se dan para convencer de haber inventado la inteligencia. Se huye ahora del talento femenino como antes—y todavía hoy—se huía del

hombre **talentoso**, palabreja escrita premeditadamente con la peor intención.

Debemos al Lyceum el favor de trabajar con suma inteligencia para que no parezca un **club** de mujeres **intelectuales**, otra palabreja escrita con intención maligna. La buena causa intelectual del Lyceum se debe a la inteligencia, común de dos—masculina y femenina—, de las fundadoras. ¿Qué fue Berta Arocena sino, simple, llana y superiormente, una mujer? Otra de su estricta femineidad es Piedad Maza, cuya semblanza sobre la vida y la obra de Berta Arocena es toda una lección de lo que la mujer fue, es y será en cualquier clase de mundo en que se asienta. Fue siempre un ente de razón, que es lo que por inteligencia ha de entenderse. Y de su validez en todas las épocas, y las correspondientes actividades, da fe el gran libro "Grandeza y servidumbre de la mujer", del gran lyceísta don Gustavo Pittaluga. Ninguna de las mujeres de ese libro dejó de ser mujer para convertirse en **intelectual**; como ningún hombre en libro semejante hubiera cambiado la simple hombría por la pedantesca **talentosisdad**. El ser lo que se es pierde su máxima y sencilla importancia si se le viste de eso tan peyorativo que es el adorno.

A Berta Arocena se la veía mujer en todos los momentos y todas las actividades de su vida fecunda. De ahí, con motivo de su muerte, el llanto de su esposo, el de sus hijos, de sus compañeros de trabajo cultural, de sus amigos y amigas y de esa sociedad, **con todos y para el bien de todos**, a la que ella aportó tanta meditación, tarea y deber.

Ha muerto una mujer. Se dice eso de tan poca apariencia dramática a pesar de ser más cada día un caso raro. Se distinguió como una trabajadora social en una multitud de empeños. En el terreno de la igualdad y la desigualdad de los sexos fue un hecho singular. Pero su distinción más exquisita estaba en que, como mujer, se distinguía a plenitud de naturalidad.

Hace bien el Lyceum en ponerla de ejemplo. Y nada menos que a título de fundadora.

Rafael Suárez Solís.

Handwritten signature: Su. Ag. 5/26



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA